

Los que acercársele ensayan,
 Hace huir á los restantes,
 Que ante heroicidad tamaña
 Se alejan, y desde léjos
 Lo rematan á pedradas.

III.

Mártir, que toda tu sangre
 Supiste dar por la patria;
 Tú, de los desconocidos
 Que murieron por salvarla,
 Gracias por tu fortaleza,
 Por tu sacrificio, gracias!

1873

Y le envidia conmigo sea recordado
 Y le envidia conmigo sea recordado
 Y alegre en el amor en que se arde
 Ni siquiera pensaba en ese instante
 Que su madre distante, muy distante
 Casi en esa misma hora se moría
 La agitación y el dolor me iba
 Para que yo me acordara

CINERARIA

Ante el cadáver de la Sra. Luz Presa.

Jamás pensé al venir á estas regiones
 Que mis palabras últimas serían
 Para hablar á un cadáver,
 Ni nunca que las notas de mi canto
 Al perderse en los aires sonarían
 Mezcladas con el eco de mi llanto.

Cuando yo vine aquí, casi acababa
 De sentir y estrechar entre mis brazos
 Al buen amigo que en su noble empeño,
 Soñaba en un laurel para la frente
 De la que hoy duerme en el sepulcro el sueño
 Que dura y se prolonga eternamente.
 Y ese hermano me hablaba del cariño
 El mas puro entre todos los amores,
 Sin penas, sin temores,
 Casi volviéndose al hablarme un niño;

Y le enviaba conmigo sus recuerdos,
 Y le enviaba conmigo sus abrazos,
 Y alegre en el amor en que se ardía,
 Ni siquiera pensaba en ese instante,
 Que su madre distante, muy distante,
 Casi en esa misma hora se moría.

Yo también tuve un padre que á la fosa
 Rodó sin que mis labios lo besaran,
 Y sé lo que es ese dolor profundo
 Que hace una noche eterna de los días
 Y un desierto tristísimo del mundo.
 Yo sé que horizonte es el que se cierra
 Delante del espíritu aterrado,
 Cuando eleva sus alas de la tierra
 La que en su pecho maternal encierra
 Cuanto se alza de bueno á nuestro lado.
 Yo adivino esa pena, y porque casi
 Siento la misma angustia que devora
 Al huérfano infeliz que en su aislamiento
 Busca á su madre y por su madre llora.
 Yo le traigo en su nombre su lamento,
 Yo le traigo en su nombre mi gemido,
 Y la eterna promesa de que nunca
 Caerá sobre esa lápida el olvido.
 Yo le traigo en el canto de una lira
 Que cuando se habla de la madre tiembla,
 Y cuando se habla de su amor se inspira.

El adiós que sus labios no lograron
 Dejar caer sobre sus ojos yertos
 Cuando á la luz del mundo se cerraron
 Para abrirse á la sombra de los muertos;
 Mi adiós que en momentáneo regocijo
 La agitará volviéndola á la vida,
 Para que pueda oír la despedida
 Con que la vengo á saludar por su hijo,

Dentro de mi corazón
 Siento algo grande que brota
 Murmurar de cada nota
 Y al sonoro y ardiente
 La estrofa de una canción
 Que tiembla entre su espesura
 El hueco de mi ternura
 Yo siento que brota en flores

Canta algo como un lamento
 Yo siento que en la alma mía
 De aquella hora y de aquel día
 Ante la dulce memoria
 Rompió al fin su esclavitud
 En que la patria anegada
 De aquella noche sagrada
 Ante el recuerdo bendito
 Contemplar asalto y momento
 Dónde la patria y el destino

1873
 LOS MARTINES, EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1873.
 DOMINION PROPIA POR UNA NIÑA EN LA ESCUELA DE

A LA PATRIA

(COMPOSICION RECITADA POR UNA NIÑA EN TACUBAYA DE
LOS MARTIRES, EL 16 DE SETIEMBRE DE 1873.)

Ante el recuerdo bendito
De aquella noche sagrada
En que la patria aherrojada
Rompió al fin su esclavitud;
Ante la dulce memoria
De aquella hora y de aquel dia,
Yo siento que en la alma mia
Canta algo como un laud.

Yo siento que brota en flores
El huerto de mi ternura,
Que tiembla entre su espesura
La estrofa de una cancion;
Y al sonoro y ardiente
Murmurar de cada nota,
Siento algo grande que brota
Dentro de mi corazon.

Bendita noche de gloria
Que así mi espíritu agitas,
Bendita entre las benditas
Noche de la libertad!
Hora de triunfo en que el pueblo
Vió al fin en su omnipotencia,
Al sol de la independencia
Rompiendo la oscuridad.

Yo te amo . . . y al acercarme
Ante este altar de victoria
Donde la patria y la historia
Contemplan nuestro placer;
Yo vengo á unir al tributo
Que en darte el pueblo se afana,
Mi canto de mexicana,
Mi corazon de mujer

Bendita noche de gloria
 Que así mi espíritu agitas,
 Bendita entre las benditas
 Noche de la libertad!
 Hora de triunfo en que el pueblo
 Vió al fin en su omnipotencia,
 Al sol de la independencia
 Rompiendo la oscuridad

HIDALGO.

Sonaron las campanas de Dolores,
 Voz de alarma que el cielo estremecía,
 Y en medio de la noche surgió el día
 De augusta Libertad con los fulgores.
 Temblaron de pavor los opresores,
 E Hidalgo audaz al porvenir veía,
 Y la patria, la patria que gemía,
 Vió sus espinas convertirse en flores.

¡Benditos los recuerdos venerados
 De aquellos que cifraron sus desvelos
 En morir por sellar la independencia;
 Aquellos que vencidos, no humillados,
 Encontraron el paso hasta los cielos
 Teniendo por camino su conciencia!

1873



De su llanto tristísimo una gota
 A su lado se alzaba
 Junto a un laurel sus mareas rota
 Y abandonada y sola como estaba
 Dijo la voz
 Vencido ya hasta el último patíbulo
 Al ver sus ojos sin mirada y fijos
 Los españoles la creyeron muerta
 Y del incendio entre la llama incierta
 Y encontraron

15 DE SETIEMBRE.

Después de aquella página sombría
 En que trazó la historia los detalles
 De aquel horrible día,
 Cuando la triste Méxiti veía
 Sembradas de cadáveres sus calles;
 Después de aquella página de duelo
 Por Cuahutemoc escrita ante la historia,
 Cuando sintió lo inútil de su anhelo;
 Después de aquella página, la gloria
 Borrando nuestro cielo en su memoria
 No volvió á aparecer en nuestro cielo.
 La santa, la querida
 Madre de aquellos muertos, vencedores
 En su misma caída,
 Fué hallada entre ellos, trémula y herida
 Por el mayor dolor de los dolores
 En su semblante pálido aun brillaba

De su llanto tristísimo una gota
 A su lado se alzaba
 Junto á un laurel una macana rota
 Y abandonada y sola como estaba,
 Vencido ya hasta el último patriota,
 Al ver sus ojos sin mirada y fijos,
 Los españoles la creyeron muerta,
 Y del incendio entre la llama incierta
 La echaron en la tumba con sus ojos . . . !

Y pasaron cien años y trescientos.
 Sin que á ningún oído
 Llegaran los tristísimos acentos
 De su apagado y lúgubre gemido;
 Cuando una noche un hombre que velaba
 Soñando en no sé qué grande y augusto
 Como la misma fé que le inspiraba,
 Oyó un inmenso grito que le hablaba
 Desde su alma de justo
 —Yo soy—ie repetía,
 Descendiente de aquellos que en la lucha
 Sellaron su derrota con la muerte
 Yo soy la queja que ninguno escucha,
 Yo soy el llanto que ninguno advierte!
 Mi fé me ha dicho que tu fuerza es mucha,
 Que es grande de virtud y vengo á verte;
 Que en el eterno y rudo sufrimiento
 Con que hace siglos sin cesar batalla,

Yo sé que tú has de darme lo que no hallaron
 Mi madre que está aquí porque la siento,
 Como antes al recuerdo de tu ausencia
 Ni cadenas has
 Dijo la voz y el santo regocijo
 Que el anciano sintió en su omnipotencia,
 —Si el indio llora por su madre—dijo,
 Yo encontraré una madre para ese hijo,
 Y encontró aquella madre en su conciencia.

A esta hora, y en un día
 Como este, en que incensamos su memoria,
 Fué cuando aquel anciano lo decía,
 Y desde ese momento, patria mia,
 Tú sabes bien que el astro de tu gloria
 Clavado sobre el libro de tu historia,
 No se ha puesto en tus cielos todavía.

A esta hora fué cuando rodó en pedazos
 La piedra que sellaba aquel sepulcro
 Donde estuviste como Cristo, muerta
 Para resucitar al tercer día:
 A esta hora fué cuando se abrió la puerta
 De tu hogar, que en su seno te veía
 Con un supremo miedo en su alegría
 De que tu aparición no fuera cierta;
 Y desde ese momento, y desde esa hora,
 Tranquila y sin temores en tu pecho,
 Tu sueño se cobija bajo un techo

Donde el placer es el único que llora
 Tus hijos ya no gimen
 Como ántes al recuerdo de tu ausencia
 Ni cadenas hay ya que los lastimen
 En sus feraces campos ya no corre
 La sangre de la lucha y la matanza,
 Y de la paz entre los goces suaves
 Bajo un cielo sin sombras ni vapores,
 Ni se avergüenzan de nacer tus flores,
 Ni se avergüenzan de cantar tus aves.

Grande eres y á tu paso
 Tienes abierto un porvenir de gloria
 Con la dulce promesa de la historia
 De que para tu sol nunca habrá ocaso,
 Por él camina y sigue
 De tu leccion de ayer con la experiencia;
 Trabaja y lucha hasta acabar esa obra
 Que empezaste al volver á la existencia,
 Que aun hay algo en tus cárceles que sobra,
 Y aun hay algo que el vuelo no recobra,
 Y aun hay algo de España en tu conciencia.

Yo te vengo á decir que es necesario
 Matar ya ese recuerdo de los reyes
 Que escondido tras de un confesionario,
 Quiere darte otras leyes que tus leyes,
 Que Dios no vive ahí donde tus hijos

Reniegan de tu amor y de tus besos,
 Que no es el que perdona en el cadalso,
 Que no es el del altar y el de los rezos;
 Que Dios es el que vive en tus cabañas,
 Que Dios es el que vive en tus talleres
 Y el que se alza presente y encarnado
 Allí donde sin ódio á los deberes
 Se come por la noche un pan honrado.

Yo te vengo á decir que no es preciso
 Que muera á hierro el que con hierro mate,
 Que no es con sangre como el siglo quiere
 Que el pueblo aprenda las lecciones tuyas;
 Que el siglo quiere que en lugar de templos
 Le des escuelas y le des ejemplos,
 Le des un techo y bajo dél lo instruyas.

Así es como en tu frente
 Podrás al fin ceñirte la corona
 Que el porvenir te tiene destinada;
 El, que conoce tu alma, que adivina
 En tí á la santa madre del progreso,
 Y que hoy ante el recuerdo de aquella hora
 En que uno de sus besos fué la aurora
 Que surgió de tu noche entre lo espeso,
 Mientras el pueblo sé entusiasmo y llora,
 Te viene á acariciar con otro beso.

1873

AL MOÑO DE MERCED.

Me cuentas que ibas corriendo
 Como una sílfide alada,
 Cuando de tus blondas trenzas
 Te lo robaron las auras;
 No sé yo de tal historia
 Si es cierta ó es inventada;
 Pero lo que sé es que ardiendo
 Dé amor y de dicha el alma,
 Traigo tu moño en la bolsa
 Desde ayer por la mañana;
 Que le he hecho mil caricias
 Y pienso hacerle otras tantas,
 Que por ser color de rosa
 Y por ser tuyo me encantat,
 Y qué por toda la vida
 Lo guardaré donde se halla,
 Reunido con un billete
 Que compré, de La Esperanza,
 Con cosa de diez poesías,

De dos vales y una carta
 Que me escribió hace dos meses
 La que me dió calabazas.
 Aquí lo tengo y á ménos
 Que deje esta vida amarga,
 No abandonaré tu moño,
 Dulce cariño del alma,
 Ni por lo uno ni por lo otro,
 Ni por esto ni por nada,
 Que de esa prenda querida
 Pienso, Merced adorada,
 Hacer el hermoso emblema
 De todas mis esperanzas.

NOCTURNO

A Rosario.

I.
 Pues bien! yo necesito
 decirte que te adoro,
 Decirte que te quiero
 con todo el corazon:
 Que es mucho lo que sufro,
 que es mucho lo que lloro,
 Que ya no puedo tanto
 y al grito en que te imploro
 Te imploro y te hablo en nombre
 de mi última ilusion.

II.

Yo quiero que tú sepas
 que ya hace muchos dias
 Estoy enfermo y pálido
 de tanto no dormir;

Que ya se han muerto todas
 las esperanzas mias;
 Que están mis noches negras,
 tan negras y sombrías
 Que ya no sé ni dónde
 se alzaba el porvenir,
 y el alma te olvida.

III.
 De noche, cuando pongo
 mis sienes en la almohada
 Y hacia otro mundo quiero
 mi espíritu volver,
 Camino mucho, mucho,
 y al fin de la jornada
 Las formas de mi madre
 se pierden en la nada
 Y tú de nuevo vuelves
 en mi alma aparecer.

IV.

Comprendo que tus besos
 jamás han de ser míos,
 Comprendo que en tus ojos
 no me he de ver jamas;
 Y te amo y en mis locos
 y ardientes desvarios,
 Bendigo tus desdenes,
 adoro tus desvíos,
 Y en vez de amarte menos
 te quiero mucho mas.

A veces pienso en darte
 mi eterna despedida,
 Borrarte en mis recuerdos
 y hundirte en mi pasión;
 Mas si es en vano todo
 y el alma no te olvida,
 ¡Qué quieres tú que yo haga
 pedazo de mi vida,
 Qué quieres tú que yo haga
 con este corazón!

VI.

Y luego que ya estaba
 concluido tu santuario,
 Tu lámpara encendida,
 tu velo en el altar;
 El sol de la mañana
 detras del campanario,
 Chispeando las antorchas,
 humeando el incensario,
 Y abierta allá a lo lejos
 la puerta del hogar !

VII.

¡Qué hermoso hubiera sido
 vivir bajo aquel techo,
 Los dos unidos siempre
 y amándonos los dos.

Tú siempre enamorada,
 yo siempre satisfecho,
 Los dos una sola alma,
 los dos un solo pecho,
 Y en medio de nosotros
 mi madre como un dios!

VIII.

¡Figúrate qué hermosas
 las horas de esa vida!
 ¡Qué dulce y bello el viaje
 por una tierra así!
 Y yo soñaba en eso,
 mi santa prometida,
 Y al delirar en eso
 con la alma estremecida,
 Pensaba yo en ser bueno
 por tí, no mas por tí.

IX.

¡Bien sabe dios que ese era
 mi mas hermoso sueño,
 Mi afán y mi esperanza,
 mi dicha y mi placer;
 Bien sabe Dios que en nada
 cifraba yo mi empeño,
 Sino en amarte mucho
 bajo el hogar risueño

Que me envolvió en sus besos
cuando me vió nacer!

X.
Esa era mi esperanza
mas ya que á sus fulgores
Se opondrá el hondo abismo

que existe entre los dos,
¡Adios por la vez última,
amor de mis amores,

La luz de mis tinieblas,
La esencia de mis flores,
Mi lira de poeta,
mi juventud, adios!

1873

Pensaba en ser puerco
por ti no mas por ti
bien sabe Dios que en nada
mi mas hermosa sueño
Mi star y mi esperanza
mi dicha y mi placer
bien sabe Dios que en nada
cristo y mi cuerpo
Sino en amar y morir
bajo el hogar cristiano

Del astro de los astros
el mágico arbol
¡Oh virgen!—dijo el ave—
¡bendita sea tu frente!
Puesto que en ella ha hallado

LAS RUINAS

A.
Que vengo á dar, oh virgen!
cada hora matinal
Cuando
Las ruinas solamente
quedaban del santuario,
Y en medio de las ruinas
la virgen del altar;
Conmigo llegó un ave,
y en trino dulce y vario
Volando en torno de ella
su acento empezó á alzar.

La virgen era hermosa,
y alzándose á porfía
Las flores se agrupaban
en torno de su sien,
Encima estaba el cielo,
y encima estaba el dia,
Y el pájaro, entretanto,
cantaba siempre . . . á quién?
Los ojos de la virgen
brillaban dulcemente